



TIPOS DE MONEDAS CARLOVINGIAS

hacían más que tocar en los puertos y sobre las mercancías que eran conducidas al palacio ó al ejército ó simplemente transportadas de una casa á otra.

Los pesos y las medidas fueron reglamentados. La unidad de peso es la libra y la unidad de medida el almud, que se subdivide en sextarios. Carlomagno reemplaza la libra gálica por la romana, que pesaba una décima parte menos; hace depositar en el palacio un modelo de almud de una cabida de cincuenta y dos litros aproximadamente (*modius publicus*) y otro de sextario, y manda que estas medidas rijan no sólo en los dominios reales, sino que también en las ciudades y monasterios. Las capitulares recomiendan sin cesar que haya en todas partes «buenos pesos y medidas iguales.»

Como los *triens* merovingios rara vez eran de buena ley, Pipino había abolido esa moneda de oro desacreditada, para sustituirla por la de plata. Carlomagno conservó el monometalismo y sólo por excepción permitió la acuñación de sueldos de oro en Uzés y en el ducado de Benavento; y como había adoptado la libra romana, fijó la talla en veinte sueldos y doscientos cuarenta dineros. El curso de las demás monedas quedó suspendido; una capitular de 794 proscribió «en todo lugar, en toda ciudad y en todo mercado» los diferentes dineros, salvo los de la última emisión, que llevan el monograma del rey y son de buen peso y de plata pura.

Los carlovingios recobraron también el derecho de regala de acuñar moneda que los merovingios habían abandonado, y la fabricación de las monedas únicamente se hizo en las principales ciudades, bajo la vigilancia de elevados funcionarios cuyos nombres se leen en el reverso de algunos ejemplares; así, por ejemplo, el de *Rodlandus* (Rolando), prefecto de la marca de Bretaña. Muy pronto la acuñación se practicó sólo en el palacio y en algunos sitios tolerados por excepción; pero en la denominación de palacio se comprenden todas las residencias reales y no solamente Aquisgrán. En las monedas de Carlomagno encontramos inscritos cuarenta y ocho nombres de lugares, siete de los cuales figuran todavía en un edicto de Carlos el Calvo, de 864, como dotados de establecimientos permanentes: Quentovic, Rennes, Sens, París, Orleans, Melle y Narbona. Para imitar la moneda árabe, las piezas se transforman, el tejuelo se ensancha y el dinero es una plancha delgada de muy poco relieve, y así seguirá siendo durante toda la Edad media. Las monedas imperiales acuñadas después del año 800 son muy bonitas; en ellas se ven, á un lado, el busto del emperador vestido con el *paludamentum*, y en exergo las palabras *Karlus imperator*, y al otro el templo con la cruz y la inscripción *Christiana religio*. Este tipo duró largo tiempo, y Carlomagno tuvo, entre otras, la gloria de ser un buen monedero.

III.—Las escuelas y las letras (1)

A pesar de los esfuerzos de Carlomán y de Pipino, las supersticiones continuaban muy extendidas: un eclipse de sol, la aparición de un cometa, causaban violentos terrores; se buscaba protección contra el granizo,

(1) FUENTES.—Las obras literarias de esta época han sido publicadas, bien en las diferentes series de los *Monumenta Germaniae historica*, bien en la Patrología latina de Migne; las de Alcuino lo han sido especialmente por Jaffé, *Monumenta alcu-*

pegando á unos bastones papeles en los cuales había inscritas ciertas fórmulas; la gente seguía aullando en los entierros, comiendo y bebiendo sobre las tumbas de los difuntos, llevando talismanes é interpretando los hados; y aun algunos adoraban los árboles, las piedras y las fuentes. La Iglesia parecía impotente para extirpar ese paganismo sobreviviente; la ignorancia de los clérigos y de los monjes hacía imposible toda predicación, y por otra parte érales muy difícil instruirse. La misma Biblia estaba llena de faltas de copia y de puntuación, y á veces dos traducciones de un mismo texto aparecían yuxtapuestas, lo cual daba lugar á extraños errores; los libros litúrgicos estaban plagados de *tropos* (2).

Carlomagno, que se creía responsable de la salvación de sus súbditos, quiso darles sacerdotes capaces de instruirles: su proyecto consistía en crear «una nueva Atenas,» pero más bella que la antigua, «la Atenas de Cristo,» donde todos los estudios preparasen para el conocimiento de Dios. Una vez establecido el Imperio y teniendo en cuenta la antigua gloria de Roma, á la que habían contribuído tantos escritores famosos, comprendió que las letras eran el obligado ornamento de un gran reinado; por esto ha podido aplicarse, no sin cierta razón, el nombre de Renacimiento al movimiento cuya iniciativa tomó.

El propósito del rey aparece perfectamente definido en una carta que dirigió á Baugulfo, abad de Fulda:

«Has de saber que en estos últimos años, habiéndome escrito desde diferentes monasterios que los hermanos rogaban por nos, hemos observado que en la mayoría de estos documentos los sentimientos eran buenos, pero el discurso inculto, porque lo que una piadosa devoción dictaba fielmente desde dentro, una lengua inhábil era incapaz de expresarlo correctamente hacia fuera á causa de la insuficiencia de los estudios. Entonces comenzamos á temer que, siendo escasa la ciencia de escribir, la inteligencia de las Santas Escrituras fuese menor de lo que ser debiera; y todos sabemos que si peligrosos son los errores de palabras, mucho más lo son los de sentido. Por esta razón os exhortamos no sólo á que no descuidéis el estudio de las letras, sino á

niana, 1873. En la serie en 4.º de los *Monumenta* hay excelentes ediciones de las Poesías latinas y de las Cartas.

OBRAS DE CONSULTA.—Los libros generales de Bähr, *Geschichte der römischen Litteratur im Karolingischen Zeitalter*, 1840; de Ampere, *Histoire littéraire de la France avant le XIII^e siècle*, 1840; y de Ozanam, *La civilisation chrétienne chez les Francs*, 1849, son muy anticuadas, y han de ser corregidas y completadas con la ayuda de las obras siguientes: Wattenbach, *Deutschlands Geschichtsquellen*, sexta edición, 1893-1894. Ebert, *Histoire de la Litterature du Moyen Age en Occident*, traducción Aymeric-Condamin, 1883-1889. Monod, *Etudes critiques sur les sources de l'histoire carolingienne*, 1898. Hauck, *Kirschengeschichte Deutschlands*, tomo II, segunda edición, 1900. Müllinger, *The schools of Charles the Great and the restoration of education in the IX Century*, 1877. *Histoire littéraire de la France*, publicada bajo la dirección de M. Petit de Julleville, tomo I, 1896. Gastón Paris, *Histoire politique de Charlemagne*, 1865. Samuel Berger, *Histoire de la Vulgate pendant les premiers siècles du Moyen Age*, 1893. Consultense también las monografías de Alcuino por Monnier, 1863; Hamelin, 1873; Werner, 1876; y las de Teodulfo por Bannard, 1869, y Cuissard, 1892.

(2) Se da el nombre de *tropo* á un texto litúrgico nuevo y sin autoridad intercalado en un texto auténtico y oficial (véase León Gautier, *Histoire de la Poésie liturgique au Moyen Age. Les Tropes*, 1886).